

Descubrimos que el español podía ser un idioma transnacional

Antonio Muñoz Molina

La irrupción de la narrativa de América Latina en España desde los años sesenta trajo consigo una revolución equivalente a la que había significado a principios del siglo XX la llegada de Rubén Darío para la poesía, y también para la prosa. Rubén fue un maremoto que lo cambió todo: no sólo la métrica, la sintaxis, el ritmo del idioma, también la tradición y las influencias. A través de Rubén llegó el simbolismo europeo a la cultura literaria española. La novela en España, con unas cuantas excepciones muy notables –Luis Martín Santos, Ignacio Aldecoa, Carmen Laforet, Miguel Delibes–, se había ahogado bajo la coacción doble del realismo social y el experimentalismo imitado, sobre todo, del *nouveau roman* francés, y de referencias indirectas a Joyce, tal vez. Los latinoamericanos mostraron que se podía ser a la vez experimental y narrativo, autóctono y universal. También, con Borges, que se podía ser irónico y jugar con las tradiciones como modelos posibles para elegir y manipular. En mi caso personal, puedo atestiguar que me hice escritor gracias a las lecturas del otro lado: Borges, y también Bioy, me enseñaron a tomar prestado de la novela de misterio y el cuento fantástico un sentido de la forma y una libertad de imaginación. Enseñaban con su ejemplo y con las lecturas hacia las que conducían: Chesterton, Stevenson, igual que Rubén había conducido a Verlaine. Hasta la propia tradición española cobraba otras dimensiones, se hacía más próxima, limpia de adherencias nacionales: Cervantes, Quevedo. Rulfo enseñaba a mantener el control máximo y poner oído al habla de la gente campesina. Onetti a escribir con una intensidad sostenida línea a línea como la de un poema. Onetti llevaba a Faulkner, claro, y también a Céline, aunque a mí, Céline nunca ha llegado a emocionarme. Vargas Llosa, García

Márquez, Fuentes alentaban a las grandes construcciones narrativas, enraizadas en la historia inmediata, a la fabulación pura de lo realmente sucedido... Los latinoamericanos nos hicieron descubrir que el español podía ser un idioma transnacional sacándonos de la claustrofobia española del franquismo y, en una época en la que la desgana francesa del *nouveau roman* se había contagiado a muchos novelistas, nos sacudieron mostrando con el ejemplo que todas las historias estaban por contar.